

CRISTO *en* **NOSOTROS**
una revolución interior



Iglesia de los Libres

UN NUEVO DESEO EN MÍ

»Éste es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel —afirma el SEÑOR—: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá nadie que enseñar a su prójimo, ni dirá nadie a su hermano: “¡Conoce al SEÑOR!”, porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán —afirma el SEÑOR—.

Jeremías 31:33-34

Esta afirmación dada por Jeremías como una profecía de lo que ocurriría en el tiempo del nuevo pacto es realmente sorprendente: “Pondré mi ley en su mente la escribiré en su corazón”

Pero ¿qué significa que Dios haga esto?

Cuando la ley es escrita en el corazón significa que el **amor de Dios y el amor por su ley** han llegado a ser el **poder que mueve nuestra vida**. No importa cuán débiles o fríos nos sintamos, la fe sabe que el nuevo corazón está en nosotros, que el amor para con la ley de Dios es nuestra naturaleza, y que la enseñanza y el poder del Espíritu están en nosotros.

No sé cuál es mi comida preferida, lo que sí sé es que el hígado es uno de los alimentos que menos me gustan. Mi problema es su sabor. Temía esas noches en que mi madre preparaba hígado para la cena, instándonos con la frase “es saludable para ustedes”. Esas palabras no significaban nada para mí, y tampoco lograban que me resultara más fácil comer hígado.

He tratado de cubrirlo con salsa de tomate o de tragarlo junto con algún otro bocado, pero el sabor del hígado siempre resultaba más fuerte que todo lo demás. Nada me ha ayudado a que pueda gustar de este plato.

Dudo que alguna vez el hígado tenga el sabor de un buen asado o una costeleta. Por lo tanto, parece que me queda una sola opción para que llegue a gustarme. Necesitaría un trasplante de lengua, recibir la lengua de una persona a quien le gusta comer hígado. Mi nuevo conjunto de células gustativas podría disfrutar del hígado, en vez de tolerarlo. El hígado dejaría de ser un deber, para convertirse en un placer.

Cuando vos y yo creímos en Cristo, algo similar sucedió en nosotros. Recibimos un trasplante de corazón que nos otorgó una serie de “deseos” provistos por Dios. Él se ha encargado de que nuestros nuevos corazones regenerados anhelan siempre instintivamente las mejores cosas en todo el universo: Dios mismo y su gloria, su voluntad y sus palabras.

Una revolución interior

Este es el deseo innato de todo creyente, una sed que no puede ser satisfecha en ninguna otra mesa que no sea la de Dios.

Es una “santa disposición celestial”, según Jonathan Edwards. Debido a ella, la voluntad de Dios ya no es sólo un deber sino también un querer. Debido a nuestra revolución interior, la obediencia a él no sólo es nuestro deber moral, sino el más profundo deseo de nuestro nuevo corazón.

Estas inclinaciones por lo santo están en nosotros debido a la promesa de Dios para su pueblo mediante el nuevo pacto. Dios no ha alterado sus mandamientos para aplicarlos a nuestros corazones, ha cambiado nuestros corazones para cumplir sus mandamientos.

Pablo describía esta realidad recordándoles a los corintios que eran como una “epístola” o carta de Cristo, escrita no en tablas de piedra (como sucedía en el antiguo pacto) sino en tablas de carne del corazón. El término griego usado allí en 2 Corintos 3.3 indica un grabado interior permanente y el lugar de dicho grabado es el corazón, el centro de todo nuestro ser. Por así decirlo, Dios trató con el punto central. Pablo también enfatizó que esta escritura era sobrenatural: “no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo”. Nuestra nueva disposición jamás está separada del Espíritu Santo. Si el Espíritu Santo nos abandonara, nuestra nueva disposición se disiparía al instante. ¡Pero gracias a Dios por la que certeza de que esto nunca ocurrirá!

Lectura principal: 2 Corintios 3:3-18

Día 2 - Semana 4

GUSTANDO A DIOS

¿Cómo describirías el sabor de una coca-cola a aquellos que nunca han probado algo similar? ¿A qué la asemejarías para que pudieran apreciarla? Resulta imposible. Es que, para conocer su sabor, deben beberla. Algo similar ocurre con Dios. Debemos gustarlo. A menos que conozcamos la presencia ardiente de Dios en nuestras vidas, seremos eruditos, pero no adoradores.

En el día de ayer comenzamos a ver una de las promesas más seductoras en el nuevo pacto:

Ya no tendrá nadie que enseñar a su prójimo, ni dirá nadie a su hermano: “¡Conoce al SEÑOR!”, porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán —afirma el SEÑOR—.

Jeremías 31:34

Bajo el antiguo pacto, el pueblo de Dios era llamado a “conocer al Señor” al igual que nosotros hoy. Pero sólo individuos escogidos tenían asegurado un acceso

Una revolución interior

íntimo a Dios. Generalmente se trataba de reyes, de sacerdotes o de profetas, todos “ungidos” para su función especial. Los demás tenían que recurrir a un sacerdote o a un anciano para recibir instrucción o bien a la misma ley. Siempre dependían de una fuente externa, de un “agente externo”.

Pero todo esto se modifica con el nuevo pacto. Todo creyente ahora tiene el mismo acceso a Dios y a su sabiduría. Dios no estuvo mejor predispuesto a revelarse a Billy Graham o a Jonathan Edwards que a vos o a mí. Jamás nos cierra una puerta porque está tratando con alguien más importante, alguien más consagrado. ¡Jamás!

Se deleita en revelar su eterna sabiduría y su radiante esplendo a tu corazón sediento. Hace todo esto en tu interior mediante el Espíritu Santo. Por eso la experiencia de Pentecostés marcó un antes y un después en la experiencia cristiana. Ahora el mismo Espíritu de Dios ha venido a nuestras vidas para manifestarnos o revelarnos su vida. Sigue usando recursos externos como la Palabra y la magnífica ayuda de otros hermanos, pero sólo como instrumentos a través de los cuales trabaja dentro tuyo.

Dios mismo hace esto por nosotros ya que se necesita de Dios para conocer a Dios. Deja que esto inunde tu corazón: Necesitamos de Dios para conocer a Dios. Resulta tan crucial que reconozcamos que no podemos lograr conocimiento de Dios, o aprender nada de significación eterna, por nuestros propios

**SE NECESITA DE DIOS
PARA CONOCER A
DIOS**

medios. Nunca tendremos un verdadero entendimiento espiritual hasta que sea dado de lo alto por medio de su Santo Espíritu.

No se cuánto conoces de Agustín. Los eruditos generalmente están de acuerdo en que Agustín y su familia eran “bereberes”, un grupo étnico indígena del norte de África. Aunque su madre fue una devota cristiana, y le enseñó desde pequeño los principios de la religión cristiana, a medida que fue creciendo, Agustín no fue un joven que haya tenido una pasión por Dios. Al contrario. Desarrolló una irresistible atracción hacia el mundo del teatro, al mismo tiempo que gustaba en gran medida de recibir halagos y la fama, que encontró fácilmente en aquellos primeros años de su juventud. Se dejaba llevar por sus pasiones, y seguía abiertamente los impulsos de su espíritu sensual. Abrazó la filosofía en su desesperada búsqueda de la verdad yendo de una escuela filosófica a otra sin encontrar en ninguna una verdadera respuesta a sus inquietudes. Conoció a una mujer con la que tuvo una relación más o menos estable durante 14 años de la que tuvo un hijo, a quien al poco tiempo abandonó. Aunque parece una historia contemporánea, Agustín vivió entre el 354 y el 430. Parece que el corazón del ser humano no ha cambiado demasiado.

Abandonando a su pareja y a su hijo viajó a Roma, donde se enfermó de gravedad. Luego de reponerse

Una revolución interior

viajó a Milán donde comenzó a leer las cartas de Pablo bajo la enseñanza de Ambrosio. El obispo Ambrosio le ofreció la clave para interpretar el Antiguo Testamento y encontrar en la Biblia la fuente de la fe. Mientras leía Romanos 13:12-14 tuvo su experiencia de conversión a la que el mismo relata diciendo: “¿Qué es este fuego que entibia mi alma? ¡Oh fuego que permaneces encendido y nunca mueres, avívame! ¡Oh luz que brillas eternamente y nunca te apagas, ilumíname!... ¡Cuán dulcemente ardes!”.

Agustín, Agustín de Hipona, conocido también como San Agustín, uno de los pensadores relevantes que tuvo la iglesia del Señor. Es verdad. Se necesita de Dios para conocer a Dios.

Lectura principal: **Romanos 13:8-14**

Día 3 - Semana 4

ARDIENDO POR SU PRESENCIA

Que Dios haya puesto deseo por él en nuestros corazones, no es como agregar una fuente más de satisfacción a muchas otras fuentes, sino que sus anhelos tienen una única fuente de satisfacción. Por esa razón, el deseo por Dios es un fuego que arde. Mi responsabilidad no es encenderlo sino cuidarlo. Lo enciende Dios, lo mantengo yo.

Nuestro amor por el Señor no es una actitud tímida y restringida, sino una exclamación de amor genuino implantado por el Espíritu Santo. ¿De dónde proviene esta intensidad de amor? Sólo de Dios. Nuestras oraciones a Dios y la pasión de estas provienen de Dios. La inexplicable intensidad de nuestras peticiones, el fervor, es originada y puesta en marcha por Dios a través de su Espíritu.

Observemos el testimonio de varios que pusieron en palabras estos deseos:

El salmista **Asaf**, deslumbrado por Dios, dice: "*¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre*" (Sal. 73:25-26). Hay aquí un deseo por Dios tan fuerte que hace nulo los demás deseos.

Jeremías dijo lo mismo: "*Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré*" (Lm. 3:24).

David, el rey, habló de la misma manera: "*Clamé a ti, oh Jehová; Dije: Tú eres ... mi porción en la tierra de los vivientes*" (Sal. 142:5). "*Oh alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor; No hay para mí bien fuera de ti ... Jehová es la porción de mi herencia*" (Sal. 16:2,5).

Un anhelante **salmista** expresa su deseo por Dios con la imagen de un jadeante ciervo: "*Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, Así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*" (Sal. 42:1-2).

Una revolución interior

David derrama su corazón con un lenguaje similar: *"Dios, Dios mío eres tú; De madrugada te buscaré; Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, En tierra seca y árida donde no hay aguas ... Mejor es tu misericordia que la vida"* (Sal. 63:1, 3).

El profeta **Isaías** de vez en cuando se desbordaba en palabras de anhelo por el Señor: *"Con mi alma te he deseado en la noche, y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré a buscarte..."* (Is. 26:9).

El apóstol **Pablo** reveló lo profundo de su deseo por Cristo diciendo: *"teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor ... Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo"* (Fil. 1:23; 3:7-8).

¿Crees que en estas frases no hay sentimientos o emociones involucradas? Lamentablemente, demasiados cristianos, para evitar el error de basarnos sólo en emociones, nos alientan sólo a hacer lo correcto para que luego las emociones fluyan. Pero esta es una verdad parcial. El otro lado de la moneda es que Dios ha puesto en nosotros una serie completa de deseos o sentimientos, para que nosotros los disfrutemos a pleno. Las emociones han sido consideradas durante demasiado tiempo como un estorbo para una vida santa.

Jonathan Edwards fue un hombre admirado por su brillantez pero también por su ferviente pasión y amor por su Redentor. En su autobiografía dice: *“La apreciación que tenía de las cosas divinas de repente se encendía como una dulce quemazón, un ardor del alma que no sé cómo expresar”*

Escribió su libro “Sentimientos religiosos” para corregir un error existente en su época, y que muchos grupos evangélicos están enfrentando en la actualidad: es el peligroso error de creer que las emociones tienen poco que ver con la espiritualidad. Dijo: *“No es suficiente conocer lo correcto para hacer lo correcto. Un cristiano también debe experimentar lo que es divino en el nivel de las emociones y sentimientos. La vida cristiana contiene cosas demasiado grandes para que actuemos con tibieza”*

Lectura principal: **Filipenses 1:3-9 y 4:4-7**

Día 4 - Semana 4

LAS EMOCIONES: LA FIRMA DIVINA EN TU VIDA

¿Alguna vez te has preguntado cuál es el papel de las emociones en nuestra vida espiritual? En un mundo que a menudo nos anima a suprimir o ignorar nuestros sentimientos, o a sólo ser llevados por lo que dicte el corazón, es crucial que nos detengamos a reflexionar sobre el propósito divino de nuestras emociones. ¿Son

Una revolución interior

simplemente una distracción en nuestro caminar cristiano, o podrían ser una herramienta valiosa en nuestro crecimiento espiritual? Hay tres aspectos fundamentales de las emociones en la vida cristiana: pueden ser la firma de Dios en nuestras vidas, pueden ser herramientas poderosas para crecer en la fe, y por último, pueden ser puentes que nos conectan con Dios y con los demás. Veamos el primer aspecto.

Dice Génesis 2:7«*Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente*»

NUESTRAS EMOCIONES NO SON UN ACCIDENTE EVOLUTIVO NI UN DEFECTO DE FÁBRICA.

Este versículo, aparentemente simple, encierra una profunda verdad sobre nuestra naturaleza emocional.

La frase «ser viviente»

en hebreo implica no solo la existencia biológica, sino la totalidad de la persona, incluyendo sus emociones, pensamientos y voluntad. Al soplar su aliento de vida en nosotros, Dios nos dotó de la capacidad de sentir, experimentar y expresar emociones. El pecado trastocó todo esto, pero ahora que estamos en Cristo, él vuelve a vivificar sus emociones en nosotros.

Nuestras emociones no son un accidente evolutivo ni un defecto de fábrica. Son una parte intencional y valiosa de nuestra naturaleza, creada a imagen y semejanza de Dios.

Imaginemos por un momento una orquesta sinfónica. Cada instrumento, desde los violines hasta los tambores, tiene su función única y su sonido característico. Juntos, crean una sinfonía hermosa y compleja. De la misma manera, nuestras emociones son como los diferentes instrumentos en la orquesta de nuestra vida. La alegría puede ser como el sonido jubiloso de las trompetas, mientras que la compasión podría asemejarse a las notas suaves y reconfortantes de un violonchelo. Cada emoción, cuando se experimenta y expresa en su debido tiempo y manera, contribuye a la rica sinfonía de nuestra experiencia humana y espiritual.

¿Cómo podemos honrar este aspecto de nuestro diseño divino? Una forma podría ser tomando conciencia emocional, es decir reflexionando sobre tus sentimientos, nombrarlos y reconocerlos. ¿Qué emociones has experimentado hoy? ¿Puedes nombrarlas y reconocerlas sin juzgarlas?

Otra forma es expresando tus emociones en oración: Los salmistas nos dan un hermoso ejemplo de cómo derramar toda la gama de nuestras emociones ante Dios. No temas expresar tu alegría, tu tristeza, tu ira o tu miedo en tus conversaciones con el Señor.

Quando me vi abrumado por la angustia, tú me brindaste consuelo y alegría. (Salmo 94:19)

Abatida hasta el polvo está mi alma, reanímame según tu palabra. Se deshace mi alma de ansiedad, Susténtame en tu palabra. (Salmo 119:25 y 27)

Una revolución interior

Aclamemos alegremente al Señor. Cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación. Lleguemos ante su presencia con alabanza. Aclamémosle con cánticos porque Jehová es Dios grande. Salmo 95:1-2)

Sálvame, oh, Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie. He venido al fondo de las aguas y me arrastra la corriente. Salmo 69:1-2

Bueno es alabarte oh Señor, y cantar salmos a tu nombre, oh, Altísimo. Anunciar por la mañana tu misericordia y tu fidelidad cada noche (Salmo 92:1)

Mientras valoramos nuestras emociones, también debemos aprender a no ser gobernados por ellas. Somete tus sentimientos a la guía del Espíritu Santo y la sabiduría de las Escrituras. Recuerda, tus emociones son un regalo de Dios. Al reconocerlas y honrarlas, estamos celebrando un aspecto hermoso de nuestra humanidad creada a Su imagen.

Lectura principal: Salmo 96

Día 5 - Semana 4

LAS EMOCIONES: HERRAMIENTAS y PUENTES

Dijimos que había tres aspectos fundamentales de las emociones en la vida cristiana: pueden ser la firma de

Dios en nuestras vidas, pueden ser herramientas poderosas para crecer en la fe, y por último, pueden ser puentes que nos conectan con Dios y con los demás. Ayer vimos el primer aspecto. Veamos los otros dos.

Las emociones pueden ser una herramienta para crecer en tu fe.

Santiago, en su epístola, nos ofrece una perspectiva sorprendente:

*«Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna»
(Santiago 1:2-4, RVR60).*

¡Qué exhortación tan desafiante! Santiago nos invita a considerar como «sumo gozo» las pruebas que enfrentamos. El término griego para «diversas pruebas» sugiere una variedad de dificultades que inevitablemente provocan emociones intensas. Sin embargo, Santiago no nos pide que neguemos estas emociones, sino que las reinterpretemos a la luz de su propósito espiritual.

Pensemos por un momento en el proceso de entrenamiento de un atleta olímpico. Los

Una revolución interior

entrenamientos intensos, las dietas estrictas y las competencias preliminares son desafiantes y a menudo dolorosos. El atleta experimenta una amplia gama de emociones: frustración cuando no alcanza sus metas, miedo al fracaso, emoción ante el progreso y determinación frente a los obstáculos. Sin embargo, es precisamente a través de este proceso emocional y físico que el atleta desarrolla la resistencia, la habilidad y la mentalidad necesarias para competir al más alto nivel.

De manera similar, nuestras experiencias emocionales, especialmente las difíciles, son el campo de entrenamiento donde desarrollamos la resistencia espiritual y la madurez en Cristo. Cada emoción intensa es una oportunidad para crecer en fe, paciencia y carácter.

¿Cómo podemos aprovechar nuestras emociones para crecer espiritualmente? Cuando experimentes emociones intensas, especialmente las negativas, pregúntate: «¿Qué quiere enseñarme Dios a través de esta experiencia?» Usa tus emociones como punto de partida para un diálogo profundo con Dios. Además cultiva la gratitud en medio de las dificultades: Siguiendo el consejo de Santiago, busca razones para agradecer incluso en situaciones emocionalmente desafiantes. Esto no significa negar tus sentimientos, sino encontrar el potencial de crecimiento que ofrecen.

LAS EMOCIONES
PUEDEN SER
PUENTES DE
CONEXIÓN CON
DIOS Y CON OTROS

Otra forma de aprovechar las emociones para crecer es compartiendo tus luchas emocionales con la comunidad de fe: Al abrirnos con hermanos y hermanas de confianza, no solo

encontramos apoyo, sino que también proporcionamos oportunidades para que otros aprendan de nuestras experiencias. Recuerda, Dios no desperdicia ninguna de nuestras experiencias, incluyendo nuestras emociones.

Por último, **las emociones pueden ser puentes de Conexión con Dios y con otros**

Pablo, en su carta a los Romanos, nos da una instrucción poderosa: «*Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran*» (Romanos 12:15)

En este versículo, Pablo nos insta a una profunda empatía emocional. Es notable que no solo nos llama a ayudar o consolar a los demás, sino a entrar plenamente en su experiencia emocional. Este versículo refleja el corazón de Cristo, quien se regocijó con los que se alegraban y lloró con los que sufrían.

Imaginemos un puente colgante sobre un profundo cañón. Este puente permite que las personas crucen de un lado a otro, conectando comunidades que de otra manera estarían separadas. Nuestras emociones funcionan de manera similar. Son puentes que nos permiten conectar profundamente con las experiencias de los demás, cruzando el abismo de

Una revolución interior

nuestras diferencias individuales. Cuando nos permitimos sentir alegría por el éxito de un amigo o tristeza por la pérdida de un ser querido, estamos cruzando ese puente emocional, acercándonos no solo a esa persona sino también al corazón de Dios, quien se compadece de nosotros en todas nuestras experiencias.

Lectura principal: **2 Corintios 1:3-11**